

Crónicas de la educación en América Latina

Daniel Schugurensky

Para comenzar, quisiera confesar que hacía mucho tiempo que no leía un libro sobre educación que al mismo tiempo que me brindara placer estético y estímulo intelectual, me generara tantos sentimientos simultáneos de alegría, de frustración, de tristeza y de esperanza, de rabia y de regocijo. En una brillante introducción analítica de 15 páginas y 68 breves crónicas surgidas de sus propias experiencias y observaciones, Rosa María Torres nos presenta la realidad de la educación latinoamericana en toda su magnitud, con todo lo que tiene de tragedia y de comedia, de simple y de complejo, de ternura y de insensibilidad, de epopeyas cotidianas y de ineficiencias estructurales. En este magnífico libro, en la tradición de las *Crónicas* de Marco Polo y las *Memorias del fuego* de Eduardo Galeano, Torres nos cuenta, a través de personajes, observaciones y situaciones, esa otra realidad de la educación latinoamericana que es tan difícil de capturar leyendo las frías estadísticas o los sesudos ensayos académicos. Gracias a su extensa y variada trayectoria laboral, que incluye una gran cantidad de países e instituciones académicas, escolares y comunitarias, la autora se encuentra en una posición privilegiada para examinar la educación latinoamericana desde una perspectiva global pero con un gran conocimiento de las realidades locales. Muchos de los relatos fueron escritos durante los años 90, cuando como asesora

Rosa María Torres:

Itinerarios por la educación latinoamericana.

Cuaderno de viajes,
Paidós, Buenos Aires,
2000, 366 páginas.

DANIEL SCHUGURENSKY: profesor en el Departamento de Educación de Adultos y Desarrollo Comunitario del Ontario Institute for Studies in Education (OISE), Universidad de Toronto, donde da cursos sobre educación comparada internacional, sociología de la educación y educación de adultos; actualmente coordina una investigación internacional sobre aprendizajes ciudadanos, democracia participativa y gobierno local.

educativa de Unicef en Nueva York, Torres tuvo oportunidad de visitar una gran cantidad de experiencias educativas y de adentrarse en el complejo mundo de la política educativa mundial.

La introducción presenta un interesante análisis sobre las dinámicas, debates y concepciones del cambio educativo en el cual identifica un eje vertical (arriba/abajo) y un eje horizontal (adentro/afuera). El eje vertical se refiere a la desarticulación entre dos lógicas que con frecuencia se ignoran mutuamente: la gran reforma (entendida como intervenciones macro que intentan modificar el sistema educativo a través de políticas y normativas) y la innovación (entendida como los procesos y experiencias micro iniciadas espontáneamente por agentes educativos locales). La experiencia acumulada sugiere que así como pocas grandes reformas concebidas por expertos han logrado traducirse exitosamente en la cultura escolar y la práctica pedagógica, pocas innovaciones locales han logrado rebasar su contexto específico y traducirse en proyectos generalizables o políticas de amplio alcance. El eje horizontal se refiere a la desarticulación entre educación formal y no formal, la cual se relaciona con la separación entre lo escolar y lo no escolar y con la desconfianza que existe entre agentes gubernamentales y no-gubernamentales. Esto se relaciona con la falsa dicotomía que percibe al Estado como inherentemente conservador en materia de cambio educativo, y al sector no gubernamental como inherentemente progresista y transformador. Fruto de dicha percepción, muchos actores no-gubernamentales han negado las posibilidades del aparato escolar para autotransformarse, y por tanto han tendido por mucho tiempo a gravitar hacia la educación no-formal, a la cual han considerado un espacio privilegiado para la innovación.

A través de este itinerario por el mundo contemporáneo de la educación, que se resume en más de 50 cuadernos de viaje, Rosa María Torres nos muestra que las dicotomías arriba/abajo y adentro/afuera han empezado a resquebrajarse. Si bien la necesidad de esta articulación se ha instalado en el discurso educativo desde hace varios años, es preciso reconocer que pocas veces se ha logrado pasar del plano retórico y normativo a la construcción de verdaderos vasos comunicantes entre los diferentes actores y espacios educativos. Sin embargo, este texto sugiere que en los nuevos escenarios educativos es posible observar un principio de acercamiento entre reforma e innovación, entre educación dentro y fuera de la escuela, y entre las instituciones públicas y privadas. Es precisamente en esta articulación de voluntades, saberes y recursos entre lo micro y lo macro, y entre la escuela y la comunidad, como argumenta la autora, donde radica la posibilidad del cambio educativo. Por ejemplo,

en referencia al eje vertical, se señala la importancia de esos vasos comunicantes con estas palabras:

Partimos de reconocer que el camino del cambio educativo tiene dos puntas, que no existe la opción –tantas veces discutida– de arriba abajo o de abajo arriba pues ambos puntos de entrada son indispensables y se requieren mutuamente; pero afirmamos también que es preciso trabajar expresamente en el encuentro de estos dos caminos, construir el puente no desde un único lado sino desde ambos (p. 25).

Con respecto al eje horizontal, la autora sugiere que mucha de la creatividad y efervescencia que en el pasado caracterizaba al sector no formal se ha transferido al ámbito escolar. En parte debido al reciente flujo de agentes de la educación no formal hacia el sector formal, y en parte a los procesos de reforma y descentralización en el espacio escolar, otrora percibido como anquilosado para siempre en un modelo decimonónico, donde se están produciendo las transformaciones más originales:

Hoy en día, no parece aventurado afirmar que las innovaciones más atractivas, incluso más prometedoras, en el campo educativo, son las ensayadas dentro del sistema escolar. Esto coincide con una crisis de identidad y desarrollo de la educación no formal, la educación de adultos y el movimiento latinoamericano de educación popular, que no ha logrado aún recomponer su sentido y su estrategia de cara a las nuevas realidades y que ha presenciado, en los últimos años, un vaciamiento de su discurso transformador y una apropiación activa de los nuevos discursos de la innovación por parte del Estado, el aparato gubernamental, la reforma, los agentes escolares, la escuela.

Este párrafo sugiere que si bien constituye razón de algarabía que muchas de las contribuciones de la educación no formal hayan sembrado semillas de cambio en el sistema escolar, debería ser motivo de preocupación que el discurso y la práctica de la educación no formal experimente tantas dificultades para renovarse. Estas líneas también proporcionan una muestra del estilo personal de la autora, quien puede simultáneamente celebrar con entusiasmo cuando hay que celebrar y criticar sin vueltas cuando lo considera necesario, pero siempre con buena fe, apuntando a la construcción de algo mejor.

Los 68 relatos, que son fascinantes tanto en la descripción de un hecho, un diálogo o una situación específica, como en el análisis y la reflexión que le siguen, están organizados en cinco capítulos: El mundo de la educación, instituciones educativas, educadores, experiencias innovadoras, y proposiciones. Las crónicas, que se basan fundamentalmente en notas de viajes, son sumamente variadas, e incluyen a niños y ancianos, funcionarios internacionales y líderes comunitarios, maestros y funcionarios de gobierno, directores de escuela y académicos, madres y padres de familia. También incluyen toda la gama de espacios que de una manera

u otra se relacionan con la educación, desde el salón de clases al congreso de especialistas, desde el huerto comunitario a la oficina ministerial.

A veces el protagonista es simplemente el texto de una invitación a una reunión, un esquema dibujado en el pizarrón de un aula, o un documento oficial. En estas instancias deleita la sagacidad de la autora para «deconstruir» esos textos buscando su razón, y frecuentemente su sinrazón. A veces la arquitectura de un edificio o la rutina de una ceremonia de graduación sirven de excusa para hacer una crítica contundente a la escuela tradicional. Otras veces la historia consiste en una reconstrucción de un diálogo entre la autora y otra persona, que puede ser una niña de cinco años, un líder comunitario, una directora de escuela o un funcionario internacional. Algunas historias tienen un alto contenido humorístico (me viene a la mente, por ejemplo, aquella reunión comunitaria de Caracas en la que el experto intenta convocar a la participación colectiva solicitando «que hablen los actores» mientras la gente mira alrededor tratando de localizar a alguna estrella de Hollywood), mientras que otras son tristes, deprimentes o irritantes. En última instancia, todas las crónicas tienen en común una gran dosis de ternura por sus personajes, a los que describen con virtudes y defectos, y una reflexión original y relevante sobre cada acontecimiento, por intrascendente que parezca a primera vista.

En cuanto al estilo, la prosa de Rosa María Torres fluye naturalmente. En el mundo de la escritura, quizás sea posible establecer cuatro grandes categorías: los que piensan simple y escriben complejo, los que piensan simple y escriben simple, los que piensan complejo y escriben complejo, y los que piensan complejo y escriben simple. De estas cuatro categorías, leer a los primeros suele ser un tormento, y leer a los últimos suele ser una experiencia sumamente placentera. Afortunadamente, Torres pertenece a esta última categoría. Sin adjetivos innecesarios, sin términos presuntuosos, con claridad y sencillez, con un estilo directo y con historias reales y personajes de carne y hueso, la autora constantemente arma y desarma el rompecabezas de la educación latinoamericana.

Con este, su último libro, Torres confirma una vez más que tiene una capacidad extraordinaria para descubrir los códigos ocultos de cada situación por pequeña que sea, una agudeza para ver donde la mayoría solamente mira, una sensibilidad especial para criticar lo que considera equivocado sin nunca perder el respeto, un talento especial para cuestionar con lógica implacable lo que muchos consideran normal, una mente muy entrenada para examinar las razones y las implicaciones sociales de cada simple acto pedagógico, y una pluma que combina prodigi-

giosamente el oficio periodístico y el rigor académico. Armada con la tecnología más simple –un lápiz, un cuaderno de notas, una mirada aguda y unos oídos atentos–, Torres entra al mundo de la educación por cada puerta y por cada ventana, y sale de ellas con una historia fascinante y un comentario que invita a la reflexión.

Para terminar, quisiera hacer otra confesión. Hasta ahora, cada vez que me tocó hacer una reseña de un libro, siempre he logrado hacer un balance entre sus aportes y sus limitaciones, entre sus aspectos encomiables y sus áreas problemáticas. En este caso, me da una inmensa alegría tener que quedarme en el momento del elogio. Pensándolo otra vez, es posible sugerir que quedó pendiente un capítulo de conclusiones en el cual se articule el argumento general vertido en la presentación (por ejemplo, las afirmaciones sobre los nuevos puentes que están surgiendo entre arriba/abajo, adentro/afuera, público/privado) con la evidencia que se desprende de las crónicas individuales. Sin embargo, quizás esa sea una tarea que le corresponda a cada lector.

En resumen, este es un libro sobre educación que es para todos, niños y adultos, educadores o no. Es un libro escrito con inteligencia y con amor, sobre todo amor por los docentes y por los estudiantes. Es un libro que, simultáneamente denuncia y anuncia, deprime e inspira. Es un libro que rescata con lucidez y pasión la dimensión humana de los procesos de reforma e innovación educativa. Sin temor a exagerar, me atrevo a pronosticar que este cuaderno de viajes pasará a la historia como un clásico de consulta obligada por futuras generaciones interesadas en la educación latinoamericana.